



# LA PEREGRINA DOCTORA.

## PRIMERA PARTE.

**S**acra Antorcha luminante,  
 que en ese alcázar supremo  
 pisáis alfombras de estrellas,  
 con poder tan grave y régio,  
 cercada de Serafines,  
 y de los Angeles bellos,  
 y los Querubines todos  
 con acordes instrumentos,  
 y con dulces melodías  
 os están cantando versos,  
 diciendo: Rosa encarnada,  
 sacra Aurora, Oliva y Cedro,  
 Madre de Misericordia,  
 cristal puro, claro espejo,  
 en donde se está mirando  
 todo el celestial imperio:  
 María, con vuestro manto  
 tapais y cubrís el cielo,  
 como el ave que en su nido  
 con sus delicados vuelos  
 les dá calor á sus hijos,  
 y defiende del sereno.  
 Yo os ruego, lucero claro,  
 Madre de Dios verdadero,  
 que pues amparais benigna  
 al que implora vuestros ruegos,  
 ampareis vuestros devotos  
 con aqueese hermoso velo,  
 que no les caiga el rocío,

ni la mancha de veneno,  
 que así os lo pide un devoto  
 con cordialísimo afecto.  
 Y pues los Angeles todos  
 os estan cantando versos,  
 yo tambien quiero cantarle  
 á mi auditorio discreto,  
 y ayudado de su gracia,  
 podré salir de este empeño.  
 En la ciudad de Lisboa,  
 en el lusitano reyno,  
 vivia un gran potentado,  
 tan noble y tan caballero,  
 que General de las tropas  
 era de su Rey Don Pedro,  
 llamado Don Alejandro  
 de Figueroa y Sarmiento.  
 Este tal era casado:  
 con qué pena lo refiero!  
 con qué pesares lo digo!  
 y con qué dolor lo siento!  
 pues no quisiera decirlo,  
 que en lo interior de mi pecho  
 el corazon me palpita,  
 y á voces me está diciendo:  
 calla, hombre, no lo digas;  
 sino deja ese suceso,  
 y pásate á otro Romance.  
 Mas ya no tiene remedio,



y es fuerza que lo declare  
aunque se enoje el silencio.  
Casóse Don Alejandro  
con un peregrino objeto,  
con la mayor hermosura  
que habia en todo aquel pueblo,  
tan hermosa y tan bizarra,  
que era otra segunda Venus;  
sin tener que ver con ella  
el mas hermoso lucero.  
Se llamaba esta beldad  
Doña Inés Portocarrero,  
y su esposo, como amante  
que adora sus pensamientos,  
la tierra que pisa, besa,  
y de continuo en su pecho  
siempre trae su retrato  
para su mayor consuelo.  
Este tal tiene un hermano  
dentro su palacio mismo,  
llamado Don Federico,  
que si cupiera veneno  
en el sentido, y pudiera  
matar con el pensamiento,  
dias ha que le tuvieran  
sepultado en los infiernos.  
Cuando su hermano salia  
con los égercitos bellos,  
él se quedaba en palacio  
para despachar los pliegos.  
Era verdugo de esclavas,  
un pirata con los negros,  
y enfado de las doncellas  
que le estaban asistiendo,  
porque á todos les servia  
de muy grande contrapeso,  
que en todo lo de palacio  
siempre se estaba metiendo.  
Este tal se enamoró  
con mal nacidos intentos  
de la muger de su hermano,  
Doña Inés Portocarrero.  
Anda triste y pensativo,  
sin color y macilento,  
y hasta las aves le enfadan  
que ve volar por el viento.  
En fin se determinó  
cierto dia, entre los pliegos

que su esposo la escribia,  
ponerle un papel en medio,  
dando parte de su amor  
con deprabados intentos.  
Tomó Doña Inés las cartas  
con alegría y contento,  
por ser de Don Alejandro,  
su esposo y querido dueño.  
Estábalas repasando,  
y reparó en aquel pliego,  
que estaba muy poco hollado,  
y escrito de poco tiempo.  
Puso los ojos en él,  
y comenzando á leerlo,  
en su presencia lo arroja  
hecho pedazos al viento.  
Detente muger heroyca,  
guarda el papel en tu pecho,  
que puede ser que te sirva  
algun dia de provecho;  
pero en fin ya lo rompió:  
qué lástima! no hay remedio.  
Mas viendo Don Federico  
el desayre que le ha hecho,  
colérico y enojado  
por los ojos brota fuego;  
pero ella le reprehende,  
y á solas le está diciendo,  
el que ha de guardar mi honor,  
quiere ofender mi respeto?  
Vaya usted Don Federico,  
mire que se agravia el cielo  
de que usted contra su hermano  
proceda con tal intento.  
No le quiso decir mas:  
él se metió en su aposento,  
maldiciendo su fortuna;  
jura por los altos cielos,  
que á pesar de todo el mundo  
ha de lograr sus deseos.  
Miró Doña Inés un dia  
A Don Federico, y viendo  
su silencio, y que traía  
el rostro muy descompuesto,  
y que le estaba brotando  
la ponzoña y el veneno;  
como sagáz y discreta,  
entre sí estaba diciendo:

aqueste querrá intentar  
un villano atrevimiento;  
pero antes que lo egecute,  
yo quiero poner remedio.  
Mandó al punto que viniesen  
albañiles y arquitectos,  
y que en medio del jardin  
hicièsen de jaspe negro  
una bóveda curiosa,  
adornada de azulejos,  
cuanto cupiese una cama,  
mesa, silla é instrumento;  
y que á la puerta le pongan  
unas barretas de hierro,  
cuanto pudiesen por ellas  
meter el mantenimiento,  
con su golpe como cárcel,  
y el pestillo fuerte y recio.  
Ya que estaba aderezado,  
con su cama y lucimiento,  
llamando á Don Federico  
Doña Inés Portocarrero,  
le dice así: hermano mio,  
porque muy triste te veo,  
quiero llevarte al jardin,  
á ver los árboles bellos;  
verás una arquitectura  
hecha por un buen maestro,  
para en viniendo mi esposo,  
salir á tomar el fresco.  
Así que oyó estas razones,  
se alegró mucho en extremo,  
creyendo que aquella nieve  
la iba derritiendo el tiempo.  
Se fueron hácia el jardin;  
y aquel edificio viendo,  
con la cama tan curioso,  
dióle el corazon un vuelco,  
diciendo: mi suerte es esta;  
hoy se logran mis deseos.  
Dijo Doña Inés entonces  
con engañosos intentos:  
hermano, por divertiros,  
tocad aquese instrumento,  
mientras yo cojo unas flores  
de este tan florido huerto.  
Hizolo luego al instante,  
y ella apenas lo vió dentro,

cuando le cerró la puerta,  
con tan varonil esfuerzo,  
que quedando echado el golpe,  
quedó Federico preso;  
y le dijo: aquí se pagan  
osados atrevimientos.  
Oyendo aquestas razones,  
tiró al suelo el instrumento,  
se ayra, bufa y pateo,  
parece un leon sangriento:  
jura que se ha de vengar,  
á pesar del mundo entero;  
si ella el papel no rompiera,  
tendria un abono bueno.  
Doña Inés se retiró,  
dejándole en cautiverio:  
y cuando iban á palacio  
visitas de Caballeros  
y Señores principales,  
de sus parientes y deudos,  
cuando por él preguntaban,  
Doña Inés decia presto:  
es que le da un accidente  
y un frenesí descompuesto:  
y allí lo tiene metido,  
para tenerlo sujeto,  
que los regalos del mundo  
de sobra los tiene dentro.  
Desde estonces Doña Inés  
despachó todos los pliegos,  
fingiendo estaba el hermano  
melancólico y enfermo.  
Allí lo tuvo seis meses;  
y sabiéndose por cierto  
que el campo se levantaba,  
porque los Reyes hicieron  
treguas por otros seis meses,  
y que próspero y contento  
venia Don Alejandro,  
echando plumas al viento;  
fue la noble Doña Inés  
alegre al encerramiento,  
donde estaba Federico.  
Llevóle un vestido nuevo,  
un caballo enjaezado,  
la peluca y el sombrero,  
y tambien quien lo afeytase,  
porque saliese bien puesto



á recibir á su hermano,  
y que guardase silencio  
en todo lo sucedido,  
que ella promete lo mismo;  
que lo que ha hecho con él,  
debe mucho agradecerlo;  
y con esto abrió la puerta,  
aunque con algun recelo.  
El no se quiso vestir,  
que con el ropage mismo,  
y sin afeytarse, monta  
en un andaluz soberbio.  
El hermano que lo vido  
tan abominable y feo  
le dice: hermano del alma,  
cómo bienes tan horrendo?  
qué pesares te molestan?  
qué disfraces son aquestos?  
Entonces le respondió,  
de esta manera diciendo:  
tu esposa tiene la culpa  
de verme como me veo,  
por no adherir á su gusto,  
que descansando en mi lecho,  
me solicitó una noche,  
echándome mil requiebros.  
Pero yo le respondí,  
dándole mil documentos,  
y por aquesta ocasion  
me ha dado tanto tormento,  
que me ha tenido hasta ahora  
en un mausoleo preso.  
Don Alejandro que escucha  
tan terrible atrevimiento,  
como un mármol se quedó,  
por largo rato suspenso,  
que quisiera que el abismo  
le sepultára en su centro.  
Determina el ir á casa,  
fatigado de tormentos:  
y entrando por el palacio,  
le salió al recibimiento  
aquella blanca azucena;  
fue á abrazarlo, y con despego  
le pegó una bôfetada,  
con injuria de los cielos.  
Y por no ver su hermosura,  
mandó que cuatro monteros,

que eran hombres de mal alma  
la llevasen á un desierto,  
y le sacasen los ojos  
y el corazon de su centro  
y en un lienzo se lo traigan,  
para quedar satisfecho.  
Qué lástima! qué dolor!  
qué castigo sin deberlo!  
Salen una triste noche,  
amparados del silencio,  
aquellos facinerosos,  
y antes que rompiera Febo,  
en un monte se encontraron,  
tan encumbrado y espeso,  
que aquel dorado planeta,  
que habita en el cuarto cielo,  
nunca pudo con sus rayos  
descubrirle sus cimientos.  
Estando en aqueste sitio,  
al pie de un copado fresno,  
antes de darle la muerte,  
gozarla intentan groseros,  
armando tan cruel batalla  
sobre el que ha de ser primero,  
que los cuatro parecian  
unos lobos carniceros.  
Pero la Vírgen María  
los ayres bajó rompiendo,  
trayendo á Jesus en brazos,  
tierno Niño y Rey inmenso;  
y á su devota le dice:  
libre estás, no tengas miedo,  
que yo vendré á visitarte,  
aunque yo nunca te dejo.  
Te traerá la comida  
un leon muy alagüeño,  
y es el que te ha de guardar,  
que estés velando ó durmiendo.  
La Vírgen y el bello Niño  
de allí desaparecieron,  
quedándose Doña Inés  
confusa en su pensamiento,  
por saber de que un leon  
le ha de dar el alimento.  
Y en otra segunda parte  
dará Juan Miguel del Fuego  
gusto á todos los oyentes  
con el fin de este suceso.



# LA PEREGRINA DOCTORA.

## SEGUNDA PARTE.

**V**amos ahora á los cuatro  
 que se quedaron riñendo,  
 que entre los tres dieron muerte  
 al que era mayor de ellos,  
 y los otros que se hallaron  
 la jaula sin el guilguero,  
 la buscaron por el monte,  
 como caballo sin freno;  
 mas viendo que no la hallaban,  
 se hicieron este concepto:  
 muy bien habemos quedado;  
 qué buena cuenta daremos  
 allá de nuestras personas  
 del encargo que traemos!  
 Lo que podemos hacer  
 con este difunto cuerpo,  
 será sacarle los ojos  
 y el corazon, y en un lienzo  
 se lo podremos llevar,  
 y cumpliremos con eso.  
 En breve lo egecutaron,  
 que fue diciendo y haciendo:  
 dan la vuelta hácia palacio,

y entregan en el pañuelo  
 el corazon y los ojos  
 á Don Alejandro, y luego  
 con cuidado preguntó  
 por el otro compañero.  
 Todos juntos á una voz  
 estas palabras dijeron:  
 tambien se quedó en el monte,  
 porque quiso muy soberbio  
 profanar á Doña Inés,  
 y lo matamos por eso,  
 quedándose allí en el monte,  
 por andar tan descompuesto.  
 Volvamos á Doña Inés  
 que estando tomando el fresco,  
 sentada junto á una fuente,  
 viviendo el rostro sereno,  
 vido venir un leon,  
 tan galan tan halagüño,  
 tan hermoso, tan bizarro,  
 que daba contento el verlo,  
 y que en la boca traía  
 un canastillo pequeño,

hecho con dos mil primores,  
todo de viandas lleno,  
que para ella y el leon  
era bastante alimento.  
Hízole una cortesía,  
y lamiéndole los dedos,  
entrególe el canastillo  
á su señora y su dueño,  
y á la entrada de la cueva  
paseándose y rugiendo,  
estaba hecho centinela,  
guardándola muy atento;  
al otro dia siguiente  
ya volvía á hacer lo mismo:  
tomaba su canastillo,  
y á breve espacio de tiempo  
venia con las viandas,  
mas que aromas trascendiendo,  
pasando todos los dias  
las cosas que aquí refiero.  
Vamos á Don Federico,  
que preguntó á los monteros,  
si es verdad que la mataron,  
que les guardará secreto,  
y que tambien les daria  
gran cantidad de dinero;  
todos dijeron que no,  
y contáronle el suceso,  
como se quedó en el monte  
sin agraviarla en un pelo.  
Don Federico les dice:  
en el alma os lo agradezco;  
todos juntos hemos de ir  
á buscarla muy de cierto,  
antes hoy que no mañana,  
y á mi hermano le diremos,  
que á una cierta montería  
voy con otros caballeros.  
Salen de palacio, y llegan  
al confuso pirineo

de aquel encumbrado risco,  
peñas y montes batiendo.  
Mas quiso su mala suerte,  
que con la bóveda dieron,  
donde Doña Inés estaba,  
para perdicion de ellos;  
que apenas los vió el leon,  
muy enojado y sangriento,  
á los tres despedazando  
en mucho menos de un credo,  
al otro se lo dejó  
ni bien vivo ni bien muerto;  
pues le libró Doña Ines,  
que hiciera con él lo mismo,  
porque era Don Federico,  
y conociéndolo luego  
no cupo en su noble sangre  
aquel refran verdadero,  
porque ella la mala obra  
la pagó con buen extremo.  
Da la vuelta á su palacio,  
con mentiras y embelecocos,  
diciendo que un javalí  
le mató los compañeros,  
y que él con cinco heridas  
se subió encima de un cerro,  
y de esta suerte escapó  
de aquel animal soberbio.  
Dejemos en este estado  
á Don Federico enfermo,  
curándose de sus llagas,  
sin poder hallar remedio.  
En el dia señalado  
de la Encarnacion del Verbo  
se apareció á Doña Inés  
la Virgen de los Remedios;  
alegrando plantas, flores,  
riscos, valles y desiertos,  
y le dijo: Dios te salve,  
hija, ya se llegó el tiempo

de que dejes este sitio,  
y te vayas á tu pueblo,  
y curarás á tu esposo,  
que dias ha que está enfermo,  
y tambien á tu cuñado,  
que las heridas vertiendo  
están sangre todavía,  
y perdónale los yerros.  
El leon que te ha traído  
el cotidiano alimento,  
lo ha hecho por mi mandato,  
que así pago cuando quiero,  
preservando á mis devotos  
de este y semejantes riesgos.  
Con esto le dió la Virgen  
un vasito muy pequeño,  
lleno de bálsamo heroyco,  
que vale mas que un imperio.  
Y luego desaparecen  
Virgen y leon á un tiempo,  
quedándose Doña Inés  
metida en un pasagero  
camino que va á Lisboa,  
con su báculo y sombrero,  
y peregrinando llega  
á di. ha ciudad, á tiempo,  
que en breves dias curó  
muy grande copia de enfermos,  
sin que el bálsamo precioso  
se menoscabase un pelo.  
La ciudad toda admirada  
de la peregrina, viendo  
los enfermos que curaba,  
tan consumidos y secos,  
y luego quedaban sanos:  
muy alegres acudieron  
con la nueva al General  
Don Alejandro Sarmiento;  
que estaba ya desahuciado,  
de los libros de Galeno;

juntamente con su hermano;  
y al instante previnieron  
un coche con cuatro mulas:  
salen por la ciudad ciegos,  
buscando la Peregrina,  
preguntando á todo el pueblo.  
Vinieron á dar con ella  
en un sagrado convento  
de Religiosas Descalzas,  
que estaba con santo celo  
curando algunas enfermas  
de tabardillos molestos.  
Entre dos Comendadores  
en el coche la metieron,  
la llevaron á palacio,  
y visitando al enfermo,  
tomándole el pulso, dice:  
diga, señor Caballero,  
de que pende esa dolencia?  
Y él dice: de sentimiento,  
y de un gran dolor continuo,  
que desecharlo no puedo.  
Entonces ella responde:  
no es mucho ese sentimiento,  
ni aqueese dolor es mucho,  
pues que de dolor no ha muerto.  
Apenas le echó en los labios  
aquel bálsamo supremo,  
se levantó dando gracias  
al Señor de tierra y cielo.  
Quería irse al instante,  
mas le atajaron los vuelos,  
diciendo: tenga señora,  
que hay que curar otro enfermo.  
La Peregrina responde:  
por mi vida que no puedo  
detenerme un solo instante,  
y ni á curarlo me atrevo,  
si en público no confiesa  
todas sus culpas y yerros.

Dijo el enfermo que sí,  
que ya estaba casi muerto,  
y hediéndole las heridas,  
compasion causaba el verlo.  
Mandó juntarse la gente  
de sus parientes y deudos,  
hasta los mismos criados  
que en la casa están sirviendo;  
á todos pidió perdon,  
pero á su hermano primero.  
El hermano le perdona,  
y entonces dijo el enfermo:  
hermano y señor, tu esposa  
era una joya sin precio,  
era un cofre de esmeraldas,  
de la castidad egemplo,  
dechado de las virtudes,  
de modestia claro egemplo,  
pero yo vil criatura,  
quise ofender su respeto;  
ella por esta ocasion  
me tuvo seis meses preso,  
y yo por querer vengarme,  
le levanté el falso enredo.  
Don Alejandro que escucha,  
echó la mano al acero,  
diciéndole: vil hermano,  
atrevido y desatento,  
por haberte perdonado,  
en tu sangre no me vengo.  
Entonces la Peregrina  
con sus dedos le fue ungiendo  
las heridas, y al instante  
se levantó sano y bueno.  
Grande copia de doblones,  
que pasaban de trescientos,  
daban á la Peregrina,  
y ella haciendo menosprecio,  
dice: guarden las monedas,  
quiten allá ese dinero,

que quizá les hará falta  
para sustentar los negros.  
Mirando Don Alejandro  
el retrato de su pecho,  
y el rostro á la Peregrina,  
la semejanza advirtiéndole,  
pues era egemplar y copia,  
ardía en vivos iacendios,  
y dijo: señora mia,  
de qué patria ó de qué reyno  
es usted, aunque perdone?  
y ella con suaves ecos  
le respondió: señor mio,  
yo soy de todos los reynos,  
veciaa de todo el mundo,  
y á mí me llaman por eso  
la Peregrina Doctora,  
sin interés de dinero,  
la que curó á su marido,  
y á su enemigo protervo.  
Entonces Don Alejandro  
le dió un abrazo muy tierno,  
conociendo era su esposa  
aquel hermoso portento.  
La ciudad toda admirada,  
la gran maravilla viendo,  
de puro contento lloran,  
y parece un jubileo  
de damas y de galanes,  
y parientes que acudieron,  
que en el palacio no caben  
á la nueva del suceso.  
En la ciudad de Lisboa  
hacen fiestas y torneos,  
toros y juegos de cañas,  
comedias y pasatiempos.  
Y ahora humilde y postrado  
pide Juan Miguel del Fuego  
á Jesus de qué nos libre  
del demonio y sus enredos.